

¿CÓMO ARRAIGARSE EN JESUCRISTO HOY?

INTRODUCCION

La invitación a "permanecer" en Cristo

Podríamos decir que este Congreso se sitúa en el movimiento pastoral y catequístico que suscitó en la Iglesia el Concilio Vaticano II y que el Papa Pablo VI sintetizaba admirablemente en estas palabras: "*hacer a la Iglesia más apta para presentar el Evangelio a la humanidad*".¹ Estamos, en efecto, en la búsqueda de un camino de evangelización y catequesis que, respondiendo a las circunstancias de hoy, a las características y necesidades de las personas en este momento, nos permita poner en marcha procesos de iniciación cristiana.

El tema del Congreso es por tanto afortunado, actual, concreto: "*¿Cómo hacer cristianos hoy en Bogotá?*" Corresponde a las mismas inquietudes pastorales que se analizaron en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida: ¿Cómo hacer discípulos misioneros de Jesucristo que siembren la vida de El en el mundo? La reflexión que corresponde a la presente ponencia enfoca un aspecto particular de ese cuestionamiento: ¿Cómo arraigarse en Jesucristo?; es decir, ¿cómo echar raíces en El?

El interrogante es válido porque ya Nuestro Señor Jesucristo había constatado que la semilla del Evangelio podía caer en pedregal donde brota enseguida, pero por no tener tierra para echar raíces se seca. Jesús explica que se trata del que recibe la Palabra con alegría, pero por no tener raíz en sí mismo, por ser inconstante, cuando se presenta una tribulación o persecución sucumbe en seguida (cf. Mt.13,5-6; 20-21). En efecto, tal vez el desafío más grande en el camino de un discípulo es la constancia. De ahí que el mismo Jesús nos advierta: "*Con la perseverancia salvarán sus almas*" (Lc.21,19).

La indiferencia o el alejamiento de tantos católicos frente a la vida cristiana, la deserción de tantos bautizados que abandonan su Iglesia y se van a buscar su realización en otros grupos o experiencias religiosas, nos está probando cada día que no siempre estamos bien arraigados en Cristo, que no hemos aprendido, como El nos lo pidió con insistencia en la última cena, a "*permanecer*" en El. Conocemos bien la parábola, con trazos alegóricos, de la vid y los sarmientos de la que se valió para autorevelarse como fuente inagotable de vida para todos los que creen en El y lo siguen con un amor fiel (cf. Jn.15,1-11).

Esta alegoría, inspirado en el mundo agrícola, vinculada profundamente al lenguaje y a la sedimentada tradición teológica de los profetas (cf. Is. 5,1-7; Ez. 15,1-8; 17,3-10; Os.10,1; Jer.2,21; 8,13) y de la que Juan hace un uso muy original y característico en su Evangelio, señala el secreto de la vida en nosotros. Los sarmientos son un símbolo fuerte de los discípulos de Jesús, que viven y obran en comunión fecunda con El. El término clave de todo este discurso figurativo es el verbo "*permanecer*". A través de él, Jesús nos entrega el secreto para tener en nosotros el don de su vida divina: se trata de estar y crecer en unión íntima y fecunda con El.

Permanecer significa para San Juan estar en Cristo siempre; vivir en El, de El y por El; echar raíces; tener en Cristo la propia morada estable, sacando de El, el jugo vital para poder fructificar. El permanecer en la reciprocidad del amor que El nos pide (15,4-7) está ordenado a cumplir nuestra razón de ser: "*dar fruto*", aún más, "*mucho fruto*" (15,2.5.8.); de lo contrario, nos cortan y nos recogen para el fuego (cf. 15,6). Porque el "permanecer en Jesús" no puede ser una actitud meramente pasiva o un simple abandono místico; debe ser creativo y fecundo: para que tengamos vida, para que demos mucho fruto, para que su gozo colme nuestro gozo (cf. 15,8.16).

Detengámonos en tres reflexiones que nos pueden ayudar a responder al interrogante que nos ocupa: ¿Cómo enraizarnos, cómo perseverar, como permanecer en Jesucristo hoy?

1. PROPICIANDO UN ENCUENTRO PERSONAL CON EL

¹ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 2

1.1. Todo comienza por un encuentro con Cristo vivo

Podemos constatar que no es fácil enraizarnos en Cristo, si falla un verdadero encuentro con El. Basta considerar la actuación de los primeros discípulos de Jesús en el momento de la prueba. Después de la última cena, antes de salir para el huerto de los Olivos, Jesús les dice: *"Todos Ustedes se van a escandalizar, ya que está escrito: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas. Pero después de mi resurrección, iré delante de Ustedes a Galilea. Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen yo no. Jesús le dice: Yo te aseguro: Hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres. Pero él insistía: Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré. Lo mismo decían todos"* (Mc.14,27-31).

Escandalizarse significaba perder la fe, dejar de seguirlo, no lograr entender y aceptar la muerte inminente de Jesús. Poco después del arresto de Jesús, dice Marcos: *"Abandonándole huyeron todos"* (Mc.14,50). Pedro lo sigue un poco más, pero luego también desaparece (cf. Mc.14,66-72). Marcos señala que algunas mujeres tuvieron la valentía de seguir a Jesús, aunque de lejos, hasta el Calvario (cf. Mc.14,40s). Estas discípulas van el domingo de Pascua al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús. Pero cuando el ángel les anuncia la resurrección y las envía a los apóstoles, ellas llenas de temor no obedecieron y también huyeron (cf. Mc.16,5-8).

Estos discípulos y discípulas, a la hora de la verdad, no estaban arraigados en Jesús, a pesar de que El mismo los había formado y habían tenido un contacto directo y privilegiado con El. Se escandalizaron, huyeron y se dispersaron. No fueron capaces de creer y permanecer en El. Podríamos decir que lo habían visto y lo habían escuchado, pero en último término no habían tenido un verdadero encuentro con El. Es ya muy conocida la afirmación del Papa Benedicto XVI: *"No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"*². También vale aquí la afirmación del Papa Juan Pablo II: *"No será una fórmula la que nos salve, sino una Persona y la certeza que ella nos infunde: Yo estaré con Ustedes"*³.

1.2. Es preciso llegar a una experiencia del Resucitado

Estos discípulos no van a quedar arraigados en Cristo, sino después del encuentro con el Resucitado en Galilea; tuvieron que pasar por el acontecimiento de la Pascua que les dio un nuevo horizonte y una nueva orientación a sus vidas. No tenemos un testimonio escrito de lo que pasó en ese encuentro en Galilea. El único testimonio antiguo, de primera mano, de un encuentro con el Resucitado es el de Pablo. El dice: *"Se apareció a Cefas y luego a los doce y en último término se me apareció también a mí, como a un aborto. Pues bien, tanto ellos como yo esto es lo que predicamos"* (1 Cor.15,4.5.8.11)⁴.

Además del relato de su encuentro personal con el Resucitado (He.9,3-30; 22,6-11; 26,12-18), tenemos el análisis que Pablo hace de un hecho que dividió en dos partes su vida: *"Todo lo que tuve entonces por ventaja, lo juzgo ahora pérdida por Cristo..."* (Fil.3,7-10). Este testimonio nos puede llevar a pensar que podemos conocer todo de la persona de Jesús pero no conocer a Jesús en persona. Lo que le ha pasado a Pablo es que lo ha conocido a El... Nosotros conocemos doctrinas, herejías, libros, conceptos sobre Jesús, pero tal vez no lo conocemos a El, al Cristo vivo, al de carne y hueso, a "mi Señor"... El problema estriba, en buena parte, en que tenemos un conocimiento impersonal de la persona de Cristo.

Decimos que es un conocimiento impersonal porque nos deja neutrales ante la persona de Cristo, mientras que el conocimiento que tenía Pablo le hacía considerar todo lo demás como pérdida, como basura y le encendía en el corazón un anhelo irresistible de alcanzar a Cristo, de desprenderse de todo, aún del cuerpo, para estar con El, para hacerse semejante a El en su muerte y llegar a participar de su resurrección. A diferencia de cualquier otra cosa creada, a la persona sólo se le puede conocer personalmente, como una realidad única, y por eso exige una

² BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 1

³ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 29

⁴ Cf. BENEDICTO XVI, Catequesis 8.11.2006

relación directa hasta que se vuelva un tú. Más aún, me hago más persona en el acto en que me abro a un tú y allí adquiero conciencia de mí. Esto vale de modo eminente para las personas divinas de la Trinidad, que son "puras relaciones", aunque subsistentes.

1.3. Una conclusión pastoral

Una conclusión fundamental para la reflexión pastoral en la que se centra este Congreso es, entonces, que si el cristianismo, como se ha dicho, no es una doctrina sino una Persona, se sigue que el anuncio de Jesucristo y la relación con El es lo más importante. Así lo subrayan *Ecclesia in America* y el documento de Aparecida⁵. La persona de Jesús es la que abre el camino en el corazón a la aceptación de todo lo demás. Quien ha conocido una vez a Jesús vivo, quien lo ha conocido personalmente, no necesita otro impulso.

Nos lamentamos de que tantos se vayan a otras confesiones cristianas, pero allí encuentran una predicación sencilla que los invita a la aceptación de Jesús como Señor y Salvador de la propia vida y esto produce una fascinación tal que con frecuencia cambia totalmente la vida. A veces una fuerte tradición dogmática y un gran aparato legislativo pueden constituir para la Iglesia una cierta desventaja frente a una sociedad que necesita volver a empezar desde el principio; volver a empezar desde Cristo, como proponía Juan Pablo II. Es preciso que veamos, antes que sea más tarde, la necesidad de una evangelización y una espiritualidad que hagan de Jesucristo el punto inicial y focal de todo, del que se parte y al que se vuelve.

2. MANTENIENDO UNA RELACION PERMANENTE CON EL

2.1. La importancia de conocer a Cristo

La insistencia en la necesidad de un encuentro personal con Jesucristo para arraigarnos en El no es una concesión al subjetivismo o al sentimentalismo, sino la traducción al plano espiritual y pastoral de un dogma central de nuestra fe: Jesucristo es una persona. Este dogma no es un mero enunciado metafísico que interesa tan sólo a algún teólogo, sino el fundamento mismo del anuncio cristiano y el secreto de su fuerza. En efecto, la única manera de conocer a una persona viva es entrar en relación viva con ella. Nos falta llegar a experimentar, en la práctica, que Jesucristo no es una idea, un problema histórico, un personaje, sino una persona viva. Así el cristianismo no se reduce a una ideología, a un rito, a una tradición, a un acto social.

Para arraigarnos en Cristo no basta un encuentro pasajero con El; es preciso tenerlo como una persona viva, con quien se mantiene permanentemente una relación. La relación verdadera con Cristo exige el conocimiento superior, eminente, sublime de Cristo de que habla el apóstol Pablo en el texto citado (cf. Fil.3,7-9). Se trata de un conocimiento especial. Se conoce a Jesús por lo que El es. No se conoce según la historia o según los criterios de la ciencia. Es una revelación, no de la carne y de la sangre, sino del Padre, cuando descubro que he nacido de El, de su muerte y que existo espiritualmente para El. Lo conoce quien percibe toda la fuerza misteriosa de esa relación nosotros-El que presenta el famoso canto de Isaías: *"El ha sido traspasado por nuestros pecados; el castigo, precio de nuestra paz, se ha abatido sobre él; a causa de sus llagas hemos sido nosotros curados... El Señor ha hecho recaer sobre él la perversidad de todos nosotros"* (Is.53,5-6).

Conocer a Jesús es pasar de la esencia de la persona a su existencia; caer en la cuenta de que Jesús resucitado es una persona existente, que me llama por mi nombre, como llamó a Saulo. Tenemos que ir más allá de los conceptos y de los enunciados de la fe *"para conocerle a él"*... Este conocimiento se da cuando Cristo se perfila ante la mirada interior en toda su majestad, dulzura y belleza; en que nos sentimos conquistados, fascinados por su misterio; en que se nos revela como la verdad y el secreto más profundo de la vida. Es un conocimiento iluminado por el amor. ¿Cómo devolver a nuestra fe y a nuestra pastoral agostada por las fórmulas y las voces de otros, ese realismo que fue la fuente de su fuerza en los padres y en los santos? Nos hemos acostumbrado al concepto Cristo, sin encontrarnos con El en persona, como nos acostumbramos al aire, al agua, a la luz y ya no percibimos su importancia, su belleza, su misterio...

⁵ *Ecclesia in America*, 8-9; *Aparecida* 243-245

Cristo se puede volver instrumento de trabajo y ganamos dinero con el que no tuvo donde reclinar la cabeza y escalamos posiciones con el que se anonadó hasta la muerte y nos procuramos una vida cómoda en nombre de un crucificado... Para conocer a Cristo en persona, es necesario caer en cuenta de que El existe. Así fue como Pascal descubrió una noche el Dios vivo y conservó su recuerdo con frases encendidas: "*Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos ni de los doctos. No se le encuentra sino en las enseñanzas del Evangelio. Certeza, certeza, sentimiento, alegría, paz... Olvido del mundo y de todo fuera de Dios*"⁶. Urge estar atentos porque podemos leer, estudiar y hablar mucho de Cristo y quedarnos sin conocerlo y sin una auténtica relación con El.

2.2. La decisión de amar a Jesús

En la última aparición del Resucitado en Galilea, relatada en el Evangelio de Juan, Jesús se dirige a Simón Pedro y le pregunta tres veces seguidas: "*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*" (Jn.21,16). Esta pregunta no fue sólo para Pedro, sino para todos los discípulos, también para nosotros. Esta pregunta nos coloca en una situación única, para examinar nuestra relación con Cristo, pues, a la pregunta ¿me amas? no se puede responder con frases hechas. Hay dos tipos de amor: el amor captativo, que se da cuando alguien ama algo, y el amor oblativo, cuando alguien ama a alguien. La relación fundamental que nos vincula a Jesús en cuanto persona es, por tanto, un amor oblativo.

Existe un examen de cristología que todos los creyentes, no sólo quienes estudian teología, debemos pasar. Este examen contiene dos preguntas obligatorias y el examinador es el mismo Cristo. Del resultado de este examen depende el acceder a la vida eterna. Y estas dos preguntas son precisamente: ¿crees? y ¿me amas? A lo largo de los siglos se han pronunciado, a propósito de Cristo, muchos anatemas: contra quien negaba su humanidad o su divinidad, contra quien dividía o confundía sus dos naturalezas, pero el más terrible de los anatemas cristológicos lo pronunció un apóstol en persona, Pablo, cuando escribió: "*Si alguno no ama al Señor, sea anatema*" (1Cor.16,22)⁷.

¿Qué significa amar a Jesucristo? La respuesta parece muy sencilla pues nos la da el mismo Jesús: consiste en hacer la voluntad del Padre y guardar su palabra (cf. Mt.7,21). Cuando se trata de una criatura, el esposo, los hijos, los padres, los amigos, "querer" significa buscar el bien del amado. Pero ¿qué bien podemos desearle a Jesús resucitado, que no tenga ya? Querer a Jesús es algo diferente. El bien de Jesús, más aún su "alimento" y su vida es la voluntad del Padre. Por eso amar a Jesús significa esencialmente hacer con El la voluntad del Padre. Hacerla cada vez más plenamente, cada vez con más alegría. "*Quien cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre*" (Mc.3,35).

2.3. Es preciso reconocerlo como Señor

La relación con Cristo, la fe en El, el amor a El, llegan a su punto culminante y nos permiten arraigarnos en Cristo, cuando lo confesamos y aceptamos como Señor. A la orilla del lago, después de la resurrección el primero en reconocerlo es Juan, quien anuncia: "*Es el Señor!*" (Jn.21,7). Es la gran exclamación pascual. Es una palabra que lo contiene todo. Cuando San Pablo quiere dar una síntesis de toda la vida cristiana dice: "*Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor..., serás salvo*" (Rm.10,9). La proclamación Jesús es el Señor, es el compendio de la fe, es la palabra que salva porque es la proclamación del misterio central de la manifestación de Dios al hombre.

"Es el Señor" significa: aquel que ha vivido en medio a nosotros predicando bondad, justicia y verdad, que nosotros hemos matado rechazando el amor y que ha resucitado, es el Hijo de Dios que ha venido para explicarnos el sentido de la existencia, para ofrecernos el perdón a todas nuestras faltas, para decirnos que nuestra vida es importante, para mostrarnos que Dios tiene un designio de amor sobre nosotros. Es el Señor de la vida, de la historia, de mi aventura personal, es el Señor de mi familia, de mi empresa, de la sociedad. Es aquel en quien todo encuentra su sentido, es aquel que siempre abre un horizonte. Sin El no sabemos a donde vamos,

⁶ PASCAL B., Memorial en *Pensamientos*, Apéndice

⁷ Cf. CANTALAMESSA R., *Gesù Cristo, il Santo di Dio*, Paoline, Milano 990, 105, 118

nuestros caminos son inciertos y nuestras realizaciones efímeras y engañosas. Con El la profundidad de nuestros deseos infinitos recibe el punto de referencia y de llegada. Esta convicción es la raíz de todo, es allí donde Dios se vuelve alegría en el interior de nosotros.

Un cristiano que no ha llegado a esta convicción no está todavía arraigado en Cristo. Va a la Eucaristía más o menos por costumbre, ora porque necesita pedir algo, se confiesa buscando un cierto descanso psicológico, hace apostolado tal vez con una motivación ambigua; pero su vida espiritual no parte verdaderamente del interior. Llegar a sentir que Jesús es el Señor de mi vida es dejarme llevar por una fuerza potentísima que cambia la existencia. Esta es la experiencia cristiana: sentir a Jesucristo como mío. No tiene que ser una experiencia fulgurante, es una experiencia que debe venir en cierto momento del camino y que me hace sentir que el Cristo que otros me han anunciado ya es mío y para siempre; que es mi maestro, mi salvador, mi Señor. Entonces ya se está arraigado en Cristo.

3. UNIENDOSE A EL A TRAVES DE SU COMUNIDAD

3.1. La sacramentalidad de la Iglesia

Hemos tomado a San Pablo como testigo de lo que hace el encuentro personal con Cristo Resucitado y, sin embargo, como nos explica el Papa Benedicto XVI⁸, para Pablo el primer contacto con la persona de Jesús tuvo lugar a través del testimonio de la comunidad cristiana de Jerusalén. Esto nos lleva a una primera e importante observación: a Jesús se llega normalmente, para acogerlo o rechazarlo, con la mediación de la comunidad creyente. En pocas palabras, se trata de que la fe de la Iglesia nos precede y de la profunda convicción, atestiguada frecuentemente en las Escrituras, de que nadie se salva solo. En el camino de la fe, todos necesitamos de los demás y, a la vez, todos ayudamos a los demás. Con nuestro ejemplo y nuestras actuaciones, tal como El lo deseó, nos jugamos la credibilidad y el atractivo de la Iglesia como lugar del encuentro real con Cristo.

De otra parte, para San Pablo la adhesión a la Iglesia fue propiciada por una intervención directa de Cristo que, revelándose en el camino de Damasco, se identificó con la Iglesia y le hizo entender que perseguir a la Iglesia era perseguirlo a El (cf. He.9,4-5). De ahí se comprende por qué la Iglesia haya estado después tan presente en el pensamiento, en el corazón y en la actividad de Pablo; a partir de su conversión entiende su entrega a Cristo como entrega también a la Iglesia y en la Iglesia; no se puede ser fiel a Jesús al margen de la Iglesia, puesto que ella es querida por El. Esta convicción es fundamental cuando en la actualidad bastantes personas optan por un "seguimiento libre de Cristo" bajo el eslogan "Jesús sí, Iglesia no"; si es verdad que en muchas ocasiones ello se debe a la falta de testimonio que ven en algunos miembros de la Iglesia, también es cierto que en ese momento al repudiar la Iglesia se rechaza al mismo Cristo, y se termina por fabricar una religión a la medida de los propios gustos, que no me pida más de lo que estamos dispuestos a dar.

Se trata sin duda de un gran misterio de fe el de la relación entre Cristo y la Iglesia; misterio del que Pablo tuvo una visión particularmente privilegiada. Es bien conocida su original definición de la Iglesia como "cuerpo de Cristo" (cf. 1 Cor.12,12-30). La raíz más profunda de esta designación sorprendente la encontramos en el sacramento del cuerpo de Cristo, en la Eucaristía, Cristo nos da su Cuerpo y nos hace Cuerpo suyo. Con todo ello Pablo nos hace comprender que existe no solamente una pertenencia de la Iglesia a Cristo, sino también una forma de identificación de la Iglesia con Cristo. De aquí se deriva la grandeza y la nobleza de la Iglesia, puesto que es como una extensión de su presencia personal en el mundo. Ser miembros de la Iglesia constituye una forma de ser "otros cristos"; el momento culminante se da cuando participamos del sacramento de su cuerpo y de su sangre. Por tanto, el ser miembros de la Iglesia es la forma más concreta de arraigarnos en Cristo, de ser su mismo cuerpo.

Así el centro de la fe que es Jesucristo encuentra su seno materno en la Iglesia, que está a su servicio como su "sacramento" o "comunidad sacramental" de la salvación. Más que concebir la

⁸ BENEDICTO XVI, Catequesis, 25.10.2006

Iglesia como término y objeto de la fe, es preciso mirarla como el modo y el ámbito comunitario-sacramental desde donde se profesa, se celebra y se atestigua la fe cristiana, y de esa forma recuperar el poder "creer en la Iglesia" como un creer eclesialmente⁹. San Agustín nos ayuda a clarificar cualquier duda sobre la Iglesia, a pesar de su fragilidad, como signo e instrumento para arraigarnos en Cristo cuando dice: "*La Iglesia nada puede hacer sin Cristo, pero Cristo nada quiere hacer sin su Iglesia*". Por tanto, es voluntad divina que los cristianos nos unamos y arraiguemos con la "Cabeza", a través de la Iglesia, que es su cuerpo. Así no caminamos a través de una idea abstracta, sino de una realidad concreta, que está "en esta tierra", que se compone de personas concretas, de instituciones concretas, en una palabra, que se puede ver, sentir y oír.

3.2. Lugares del encuentro eclesial con Cristo

Para que el arraigarnos en Cristo, presente en su Iglesia, no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos concretos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo y unirnos a El¹⁰. En primer lugar, es preciso decir que la Iglesia es el ámbito natural para madurar en una fe convencida, viva y operante. Muy dicente la proclamación del Papa en Aparecida: "*La Iglesia es nuestra casa. Esta es nuestra casa. En la Iglesia católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo*"¹¹. Por tanto, en la Iglesia es donde se puede vivir un proceso de conversión, de comunión y de solidaridad. En ella se llega al interés por el Evangelio, a dar el paso de la opción por Cristo, a hacer la profesión de fe, a emprender el camino de la perfección, a recibir el encargo misionero¹².

Luego, en la Iglesia tenemos la Sagrada Escritura leída a la luz de la Tradición, de los Padres y del Magisterio, profundizada en la meditación y la oración. Hoy se van descubriendo las maravillas que hace la *Lectio Divina*. La Iglesia debe crear espacios y momentos para fomentar sobre todo el conocimiento de los Evangelios, proclamando, con palabras fácilmente accesibles a todos, el modo como Jesús vivió entre los hombres. La lectura de estos textos sagrados, cuando se escucha con la misma atención con que las multitudes escuchaban a Jesús en la ladera del monte de las Bienaventuranzas o en la orilla del lago de Tiberíades mientras predicaba desde la barca, produce verdaderos frutos de conversión del corazón.

También un lugar muy importante para encontrar y arraigarse en Cristo dentro de la Iglesia es la oración, especialmente la sagrada Liturgia. Al Concilio Vaticano II debemos una riquísima exposición de las múltiples presencias de Cristo en la Liturgia. Cristo está presente en el celebrante que renueva en el altar el mismo y único sacrificio de la Cruz; está presente en los Sacramentos en los que actúa su fuerza eficaz. Cuando se proclama su palabra, es El mismo quien nos habla. Está presente "*sobre todo bajo las especies eucarísticas*"¹³. La presencia de Cristo en la Eucaristía se llama "real" no por exclusión, como si las otras presencias no fueran "reales", sino por antonomasia, porque es substancial¹⁴.

Recordemos que también nos es posible encontrar a Cristo y arraigarnos en El a través de las personas. Está en la comunidad como se deriva de su promesa: "*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*" (Mt. 18,20). Además, el texto del Evangelio sobre el juicio final (cf. Mt 25,31-46), en el que se afirma que seremos juzgados sobre el amor a los necesitados, en quienes misteriosamente está presente el Señor Jesús, indica que no se debe descuidar este lugar de profunda vinculación con Cristo. Como recordaba el Papa Pablo VI: "*en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo, el Hijo del hombre*"¹⁵.

3.3. Ámbitos de comunión eclesial para estar en Cristo

⁹ Cf. PIE-NINOT S., *Eclesiología, La Sacramentalidad de la Comunidad Cristiana*, Sigueme, 2007, p.187

¹⁰ Cf *Ecclesia in America*, 12; *Aparecida* 246 ss.

¹¹ BENEDICTO XVI, Alocución en Aparecida, 12.5.2007

¹² Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 56; *Aparecida* 286 ss.

¹³ *Sacramentum Concilium*, 7

¹⁴ Cf. PABLO VI, *Misterium Fidei*, 5

¹⁵ PABLO VI, Discurso en la clausura del Concilio, 7.12.1965

La única Iglesia de Cristo existe y se manifiesta de un modo concreto en cada Diócesis que está en comunión con el Obispo de Roma. Según la doctrina del Concilio Vaticano II, ella es una porción del Pueblo de Dios con un origen trascendente, ya que se reúne por la fuerza del Espíritu Santo; se alimenta de la doble mesa del Evangelio y de la Eucaristía; tiene un sucesor de los apóstoles como pastor propio, que la apacienta con la ayuda de su presbiterio¹⁶. Es la concreción del misterio de la Iglesia Universal en un determinado lugar y tiempo. Como dice Aparecida: "*En su realidad concreta, el discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y anuncia la Palabra con alegría*"¹⁷.

Dentro de la Diócesis, es preciso considerar las Parroquias como lugares especiales de comunión. "*Ellas son células vivas de la Iglesia y el lugar privilegiado en el que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de la comunión eclesial*"¹⁸. Por tanto, se desea que sean espacios para la iniciación cristiana, para la educación y celebración de la fe, para la expresión de los diversos carismas y que estén disponibles a las diversas expresiones de la fe y la cultura. Hoy debemos cuidar, cada vez más, que la Parroquia ofrezca, en verdad, un espacio para hacer discípulos misioneros que se reúnan para partir el pan de la Palabra y de la Eucaristía. Aparecida en realidad subraya mucho la vinculación del itinerario cristiano a la Diócesis y a la Parroquia¹⁹.

La Parroquia, a su vez, debe favorecer la creación de pequeñas comunidades eclesiales que permitan vivir la experiencia de los primeros cristianos como está descrita en los Hechos de los Apóstoles (cf He.2,42-47). "*Ellas son un ámbito privilegiado para escuchar la Palabra de Dios, para vivir la fraternidad, para animar en la oración, para profundizar procesos de formación en la fe y para fortalecer el exigente compromiso de ser apóstoles en la sociedad de hoy. Ellas son lugares de experiencia cristiana y evangelización, que en medio de la situación cultural que nos afecta, secularizada y hostil a la Iglesia, se hacen todavía más necesarias*"²⁰. Las pequeñas comunidades eclesiales aparecen, en verdad, como un ámbito privilegiado para la catequesis permanente y para la nueva evangelización.

CONCLUSION:

Permitir que, por la fuerza de su Espíritu, el Padre nos lleve a Cristo

El cuarto Evangelio nos describe repetidamente la resistencia que hicieron los judíos para aceptar a Cristo. Jesús, un día, les dice: "*Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae*" (Jn. 6,44). Esta afirmación no es sólo conclusiva, es, ante todo, el presupuesto de toda nuestra reflexión, pues, como enseña el Catecismo: "*Sólo movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"*"²¹. Esto es lo que se denomina "gracia actual operante". De este modo el mismo deseo de encontrarnos con Cristo, de entrar en relación con El, de llegar a la Iglesia para afianzar nuestra comunión con El, es preciso atribuirlos a la acción de Dios. Sobre esto giró la controversia agustiniana del "*initium fidei*" y el Magisterio condenó el error semipelagiano que pretendía atribuir al hombre los primeros movimientos hacia la fe.

Por eso, para acercarnos a Cristo, para entrar en su conciencia y en su corazón de Hijo, para imitar la forma como El vive su misión, necesitamos la atracción del Padre. Debemos ponernos frente a frente con Cristo, el Hijo único del Padre, el Primogénito de la Creación, el Salvador de la humanidad, el centro de la historia, sintiéndolo como una persona muy cercana y muy íntima, y dejar que el amor de Dios que nos dio a su Hijo nos lo entregue a cada uno de

¹⁶ Cf. *Christus Dominus*, 11; *Código Derecho Canónico*, cc.368-374; *Aparecida*, 165-166

¹⁷ *Aparecida*, 167

¹⁸ *Aparecida*, 170

¹⁹ Cf. *Aparecida*, 172-175

²⁰ *Aparecida*, 308

²¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 424

nosotros. Lo mismo cuando anunciamos a Cristo tenemos que pedir al Padre que entregue a su Hijo a quienes evangelizamos.

La dinámica última para arraigarnos en Cristo no viene, por tanto, de la lógica, ni de la decisión forzada, ni de una táctica pastoral, sino que es un movimiento confiado a la fuerza del misterio, a la adoración del Padre que se nos da en el Hijo. Este acercamiento brota de la experiencia del contraste entre lo que es el hombre y lo que es y hace Dios. Este contacto afectivo en el Espíritu Santo con la humanidad de Jesús es el que nos hace entrar en el plano divino y conduce a la transformación del corazón: *"Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él"* (Jn.14,23). Es sometiéndonos al Espíritu de Dios como se transfigura nuestra existencia a imagen del Hijo, como llegamos a tener la forma de Cristo.

Si no es por la atracción del Padre y la acción del Espíritu Santo, podemos arraigarnos en un Cristo falso, a nuestra medida, y no en el Jesús libre que no se apega a nada para estar disponible para el Reino de Dios; en el Jesús valiente que no teme enfrentar las costumbres y las autoridades de su tiempo para enseñar la verdad; en el Jesús entregado a la causa del Padre y a la salvación de los hombres, con cuya vida contrastan las ambiciones, las vanidades, el deseo de placer y de poder. Sin esta gracia el estar arraigados en Cristo puede reducirse a un sentimiento, a una ilusión, a la ambición de una empresa gratificante, a una actitud exterior y no a un asumir las opciones de Jesús que especifican las bienaventuranzas. Tantas veces seguimos un Jesús a nuestro antojo y no el Jesús que va hacia Jerusalén para ser crucificado y resucitar. Nosotros también podemos estar como aquellos contemporáneos de Jesús que no veían en El sino un milagrero y luego, como hemos recordado, huyeron; también nosotros podemos quedarnos con una relación incompleta o equívoca con Jesús, que no nos lleva a su confianza y libertad filiales.

Sólo cuando estamos arraigados en el verdadero Jesús vivimos la desatadura del corazón, la victoria sobre los condicionamientos mundanos y culturales, la completa libertad para el Reino. En síntesis, seguir a Cristo para asumir las tareas del Reino y tener los mismos sentimientos que El tuvo, es entregarnos con El al Padre y a los hermanos. Esta senda amorosamente elegida, es el camino de la libertad y de la felicidad personal y es la verdadera contribución a la salvación del mundo. Estamos arraigados en Cristo cuando nos entregamos a Dios con las mismas opciones de Cristo hasta la inmolación total. Es en esta entrega como la Iglesia crece en la verdadera santidad, es sólo con este tipo de disponibilidad como las acciones pastorales son incisivas y auténticas, es sólo con este amor como florecen los santos, como el Reino de Dios viene con potencia.

Puede parecernos todo muy arduo, pero tenemos la certeza de que nos guía el Espíritu Santo... Fue El quien guió a Cristo y quien guió a los Apóstoles. Sólo el Espíritu puede hacer posible lo que nos pide Pablo: *"Vivan, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como le han recibido; arraigados y edificados en él; apoyados en la fe, tal como se les enseñó, rebosando en acción de gracias"* (Col.2,6). Nos acompaña también el ejemplo y la intercesión de la Santísima Virgen María y de los Santos. A los que viven como ellos les dice el Señor: *"Ustedes son los que han perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para Ustedes, como mi Padre lo dispuso para mí, para que coman y beban a mi mesa en mi Reino"* (Lc.22,28).

Congreso de Pastoral Urbana
Seminario Mayor de Bogotá, 10-12. IX.2007
+ Ricardo Tobón Restrepo
Obispo de Sonsón-Rionegro